



El flautista de Hamelín

Descripción

Érase una vez un pequeño pueblo llamado Hamelín, situado en un bonito valle rodeado de montañas verdes y ríos cristalinos. Los habitantes de Hamelín eran conocidos por su hospitalidad y buen corazón, pero tenían un gran problema: el pueblo estaba plagado de ratas.

Las ratas corrían por todas partes, se comían los alimentos, rasgaban la ropa y hacían ruido toda la noche. Los habitantes de Hamelín probaron todo tipo de soluciones, pero nada funcionaba. La desesperación se apoderó del pueblo, y la gente empezaba a perder la esperanza.

Un día radiante de sol, llegó a Hamelín un extraño personaje. Era un hombre alto, delgado y con una larga barba. Llevaba un sombrero puntiagudo y una flauta colgando al lado. Este hombre era conocido como el Flautista Mágico. Llegó en medio de la plaza del pueblo y gritó: «Buenos habitantes de Hamelín, he oído de vuestro problema con las ratas. Yo puedo alejarlas para siempre, pero a cambio, necesito que me pague una recompensa justa.»

Los habitantes, desesperados por una solución, aceptaron rápidamente. «Haznos libres de estas ratas, y serás ricamente recompensado», dijeron. El Flautista sonrió, cogió su flauta y empezó a tocar una melodía encantadora.

A medida que la música fluía por el aire, empezó a suceder un milagro. Las ratas, atraídas por la música, empezaron a salir de sus escondrijos ya seguir al Flautista. Él caminó por todo el pueblo, tocando su flauta, mientras las ratas le seguían hipnotizadas.



El Flautista condujo a las ratas hacia un río cercano, donde, una vez dentro del agua, desaparecieron sin dejar rastro. El pueblo de Hamelín se llenó de alegría y celebración. ¡Las ratas se habían ido!

Pero cuando el Flautista regresó para reclamar su recompensa, los habitantes cambiaron de actitud. «Ahora que las ratas se han ido, ¿por qué deberíamos pagarte?», preguntaron. El Flautista, decepcionado y enfadado por la traición, advirtió: «Si no me pagan lo justo, tendré que tomar otra cosa que ama.»

Esa noche, mientras el pueblo dormía, el Flautista tocó una nueva melodía, suave y mágica. Como por arte de magia, todos los niños y niñas del pueblo se despertaron y, sin decir nada, empezaron a seguirle. El Flautista les condujo fuera del pueblo, hacia una montaña misteriosa.

Cuando los adultos despertaron, descubrieron con horror que todos los niños habían desaparecido. Salieron corriendo del pueblo, buscando por todas partes, pero los niños estaban en ninguna parte.

Mientras, los niños seguían al Flautista a través de bosques encantados y campos floridos, hasta llegar a una montaña mágica. Allí descubrieron un mundo de maravillas: animales hablantes, árboles que cantaban y flores que bailaban. El Flautista les enseñó muchas cosas: a respetar la naturaleza, valorar la amistad y sobre todo, la importancia de mantener las promesas.

Los niños vivieron aventuras increíbles en este mundo mágico, pero también empezaron a añorar a sus familias. El Flautista, viendo la tristeza en sus ojos, decidió que era hora de volver.

Mientras tanto, los habitantes de Hamelín, llenos de remordimiento y tristeza, decidieron reunir todo lo que tenían para pagar la recompensa al Flautista. Fueron a la montaña, donde encontraron a Flautista ya los niños.

Con lágrimas en los ojos, pidieron perdón al Flautista y le entregaron la recompensa prometida. El Flautista aceptó el perdón y devolvió a los niños a sus padres. Desde ese día, Hamelín se convirtió en un lugar donde siempre se cumplían las promesas.

El Flautista Mágico se marchó de Hamelín, pero su leyenda y sus lecciones permanecieron para siempre en el corazón de los habitantes. En Hamelín, nunca más se rompieron promesas, y la música del Flautista resonó en sus recuerdos, recordándoles la importancia de la palabra dada y el valor de la amistad.